

Mariano Picón-Salas

Meditación francesa

En sucesivas meditaciones, y como fragmentos de un libro próximo a aparecer, Mariano Picón-Salas dará algunas de las reflexiones que le motivaran recientemente, sus itinerarios europeos. En estos exámenes a Europa—él nos ha dicho— que quiere colocarse desde el ángulo de los problemas y de la sensibilidad sudamericana.



UANDO hace algunos años el audacísimo pensamiento alemán por boca de profetas tan elocuentes como Spengler empezaba a penetrar nuestra Cultura y nos lanzaba en el camino de las grandes aventuras intelectuales, nuestro novedoso espíritu suramericano para quien el pensamiento es como otra forma de la sensación, quizás halló que Francia—la tradicional Francia, antes tan admirada—había quedado como al margen de los problemas más palpitantes de nuestro tiempo. Solíamos acudir a Francia después de nuestra sobrealimentación alemana como para corroborar las extrañas ideas de los tudescos, y Francia nos reservaba—como enfriándonos—su vieja prudencia gala, sus escrúpulos lógicos que encontrábamos

un poco insípidos como el agua, después de los manjares excitantes del pensamiento germánico. Esa manera un tanto intemporal del pensamiento francés parecía desengañarnos a quienes como nosotros buscábamos ideas en que se expresara una húmeda y caliente contemporaneidad. Nos faltaba, además, para comprender bien a Francia, aquella educación clásica que por sobre la circunstancia histórica o cambiante fija los valores universales. En un vago y nervioso relativismo se disgregaba para nosotros el Universo. Queríamos ser hombres de nuestra época y nos lanzábamos al naufragio de esta civilización, con la inconsciencia de quienes no tienen pasado. Nuestro nomadismo intelectual iba por todos los caminos sin detenerse en ninguno. O bien, las almas requeridas y hambrientas de fe se arrojaban más por impulso ciego y emocional que por imperativo verificado en la conciencia, en el primer «ismo» que se les ofrecía. Era, y es el tiempo, en que las multitudes del mundo preferían seguir tras de esos Césares de plazuela, los nuevos Anticristos surgidos—como en la pintura de Lucas Signorelli—de la desesperación colectiva.

Transmito aquí la experiencia de muchos intelectuales suramericanos que se han formado y han descubierto el mundo en estos tormentosos tres lustros de la postguerra. Ellos nos separaron un poco de Francia. Entre tres grandes ideas: el mesianismo social que venía de Rusia; el vitalismo e irracionalismo alemán, el materialismo técnico de los yanquis, se han movido las

dos últimas generaciones en esta apartada comarca de la Civilización Occidental denominada Sur América. Aquellas ideas— aun subconscientemente— han sido el alimento común de revolucionarios y oportunistas, de los que como personajes de Dostoiewski sintieron palpitar en ellos un extraño destino demoníaco, y de los otros que buscaban el éxito y el dinero y querían adueñarse del mundo con el espíritu destructivo y gozoso de un joven ingeniero norteamericano para quien la Historia y la Tradición suele ser suciedad, prejuicio, poesía inútil. No sólo en las ciudades suramericanas, durante los últimos años se levantaron rascacielos junto a las bajas casas de adobe, rascacielos que el babiecas criollo se encargaba de decirnos que no los había ni en París ni en Berlín, sino se transformaron profundamente las almas. Comenzó también en esta atrasada y virginal Sur América uno como proceso de mecanización de la vida. Espíritu revolucionario en los inexpresados y en los insatisfechos, y espíritu de lucro y especulación financiera eran los dos polos de nuestra reciente existencia histórica. Progreso superficial que se quedaba en las ciudades capitales que crecían desmesuradamente, en mezcla de estilos y materiales arquitectónicos, en uno como ponerse a jugar a la alta civilización, en el desarrollo de una gran prensa sensacionalista, en la hazaña financiera del estratega de la bolsa o del estafador a alta escuela. Más allá de las luces, el asfalto y los rascacielos de la ciudad capital, seguía el pueblo en su oscuro medioevo aborigen. Las pequeñas oligarquías dirigentes,

el aristócrata y el intelectual desarraigado lanzábanse en este frenesí de imitación y progreso; las ideas y las modas caían como relámpagos, y merced al transatlántico, el avión, la revista, la noticia cablegráfica, discutíamos y adaptábamos la más reciente novelería europea. En las tertulias de damas se hablaba del «freudismo», y los artistas buscaban su subconsciente, un subconsciente que por no contener nada iba a estrellarse y perecer en el más desamparado vacío. Más que la Cultura recogíamos los desechos de la cultura; esa como materia vaga y gelatinosa de ideas contradictorias, de instintos disfrazados, de perversiones quintaesenciadas que el ojo cándido del aristócrata criollo iba a descubrir, deslumbrándose, en medio de la nata cosmopolita y aventurera del balneario o del «dancing» europeo. Assimilar sin esfuerzo, bogar en la corriente del tiempo, aprovechar—por un simple proceso de imitación—lo que otros hicieron, era la más general aspiración de las gentes. Así como importábamos por piezas la maquinaria yanqui, nuestros cerebros recogían en pintoresco mosaico, en enrevesado «puzzle», las más contradictorias ideas que sacudían la atmósfera. El «cocktail» fué una bebida favorita en el mundo snob de la post-guerra; y así como el «cocktail» no es vino ni alcohol puro, sino maridaje híbrido, maceración de lo opuesto, nosotros lanzábamos a quemarse en nuestro interior las sustancias más variadas y más explosivas. La vida no solía ser voluntad o destino, si-

no vaga embriaguez; alternativa trágica de excitación o de sueño.

La curiosidad que un impresionable suramericano que tiene el apetito de ser moderno puede sentir en un país como Francia—país de tan viejas y elaboradas formas culturales—es la curiosidad ante lo que se ofrece profundamente distinto; es el choque de un alma inestable frente a lo que advierte sólido, permanente. Piedra, Historia, prudencia secular, se enfrentan al viajero demasiado nervioso como limitándolo; como enseñándole que no basta el impulso, la espontaneidad ciega, que se requiere también el aprendizaje. La imagen de aquel criollo rico y vulgar, que encontraba que América estaba más adelantada, porque se había difundido el uso del baño y de los artefactos eléctricos, revela simbólicamente este enigma que solemos denominar progreso: el progreso sentido como algo externo e indiferenciado, de uso común, y el otro que es elaboración interior; necesidad profunda que surge como apetito del alma individual o como adecuación armoniosa de la materia a la vida. Efectivamente, el baño de aquel hotelito de Cherbourg donde fui a refugiarme una noche de lluvia y tempestad en la costa normanda, dejaba mucho que desear y no se lo hubiera recomendado a un «snob» suramericano de los que consideran los artefactos mecánicos como un seguro signo de civilización. El hotelito tampoco tenía pretensiones,

y se podía acudir a él—cuando, como en el caso mío— los mejores hoteles habían sido ocupados por toda una manga de turistas ingleses llegados en el «Queen Mary». Rueda un cochecito por las calles empapadas en lluvia, estrechas y desiguales, en medio de aquella endiablada y oscura neblina, hermana del «fog» inglés y como éste, suscitadora de fantasmas. Mares, lluvia y neblina de Normandía y de Bretaña, un poco célticas y un poco nórdicas en su indecisa violencia; elementos románticos de la cultura francesa que se expresaron en la hazaña de los caballeros normandos que fueron a dominar el sol de Sicilia; en los piratas y corsarios de Saint Malo; que vierten su humedad y su patético meditativo en las páginas de Chateaubriand, en el solitario drama religioso de Renan, en los apóstrofes de Hugo junto al bravo mar descolorido de Guernesey. O se siguen los trágicos paseos de la pobre Emma Bovary por las calles de Rouen a la sombra de la gran Catedral y de la más labrada piedra gótica, incomprendida y trunca con su desesperado destino de mujer. Romanticismo que se equilibrará y asimilará bien en el gran cuerpo clásico de la nación francesa que ha podido—comó ningún otro pueblo—hacer la síntesis del vago e inquieto Norte con la claridad caliente del Mediodía.

Se entraba al hotelito de Cherbourg, a la vieja casa de pizarra normanda, y era como un penetrar en esta sabia y animada intimidad que es uno de los secretos del alma francesa. No el confort diferenciado y colectivista a la manera de los yanquis, sino otro arte sutil de la

vida en que participan el generoso fuego de la chimenea gótica, los profundos ritos que se realizan en la cocina para comer en esta noche de lluvia unas «tripes a la mode de Caen», rociadas de rojo Calvados; la sala de lectura para «MM. les Voyageurs»—que no puede faltar en ningún hotel de la provincia francesa—y aquel dormitorio—tan viejo y sin embargo, tan cómodo—que me hizo la impresión de un gran viaje retrospectivo. Lecho de anchas y altas maderas, templado con el peso de sus dos colchones de lana y vestido con las bordadas coberturas familiares en las que—como en la famosa tapicería de Bayeux—las mujeres de Normandía vertieron en el motivo decorativo su imagen del mundo. Lecho que me recordaba aquel en que se durmió Proust en la primera página de la «Recherche du temps perdu» para excavar y sacar del fondo de la conciencia todo un Universo anímico inseparable de la tradición y el paisaje de Francia: castillos y catedrales; campiña francesa; cocina venerable de la vieja cocinera Francisca; gustos de las ideas, de la sociabilidad y de la conversación. Formas intelectuales y exquisitas del epicureísmo francés que ha sabido guardar en un tiempo tan mecanizado como el nuestro, el amor de la existencia, la concepción de la vida como obra de arte.

Y Francia surgía bajo aquellas imágenes literarias y epicúreas—Paisaje, Vida, Historia—como un inmenso trabajo colectivo que oponíamos ejemplarizándolo, a nuestra improvisación, a nuestro «acaso» suramericano. El campo francés obedecía al mismo sentimiento clási-

co que la literatura francesa. Desde los artesanos de las Catedrales, los legistas y los grandes Doctores de la Escolástica que querían reducir el mundo a la Unidad («reducere ad unum» como decía el normando Vicente de Beauvais), el camino espiritual de Francia es un gran camino ordenador. Las Catedrales donde cada miembro vive y pasa a sumirse por medio de la cruzada de ojivas y los arbotantes en la inmensa sinfonía unitaria, encarnaban un eterno símbolo de Francia. Nación donde reina la continuidad, donde los muertos siguen hablando a los vivos y el hombre es pocas veces un incomprendido, porque se ingerta en una ya definida familia de espíritus. Ibamos viendo y señalando cualidades: economía, prudencia vital, claridad clásica. Se sacrifica lo brillante por lo claro; la inteligencia—que muchas veces es tan inhumana—se volatiliza y se hace sociable en la graciosa alquitara del «esprit».

Epicureísmo, esprit, puentes que la inteligencia francesa logra levantar sobre el desbordado torrente de la Vida. El gusto francés del análisis y la definición son los mejores antídotos contra la Metafísica humosa, contra «esos vapores del intelecto»—como diría Nietzsche—que han obscurecido en los últimos años patéticos, las despierta conciencia europea.

Todo epicureísmo es siempre prudente. Impone a la vida su armonía, somete el oscuro instinto a la ley del

ritmo. La prudencia marca esa zona de encuentro entre la inteligencia calculadora y la vida ciega; es el gran problema que se plantea el pensamiento antiguo, cuando después del seco racionalismo sofista que destruyó los mitos e hizo de la existencia una ilusión, se trataba de devolver al hombre mecanizado por el intelectualismo y la crítica, la perdidas raíces vitales. Entre los pueblos modernos, es precisamente Francia el que más se aproxima a esta prudencia vital como la concibió la antigüedad clásica. La vieja Francia tiene un fondo campesino sobre el cual se edifica la maravillosa permanencia de su Historia. Junto al Racionalismo de sus doctores, ha colocado siempre como para completar la visión del mundo, cierta «sagesse» que parece venir de la tierra y del campo. El mundo épico, desmesurado y romanesco de la primera Edad Media, el mundo de la «Chanson de Roland», se completa en ella con el mundo cómico-satírico del «Fabliau». Si el mundo de la Epopeya es el de las empresas lejanas, de lo arrojado y de lo quimérico, el mundo del Fabliau es el de la realidad próxima; el primero fija las virtudes del caballero, el segundo las del burgués.

El sentimiento epicúreo que se adueña de las cosas, las gusta, pero les impone el orden de la inteligencia, es diametralmente opuesto a lo que un yanqui pródigo o un impetuoso suramericano llamarían «gozar de la vida». El yanqui gozador ingurgita endiablados alcoholes sin discernir calidades, así como ciertos tenorios suramericanos se convierten en hércules de bur-

del. Su prudencia e instinto de reserva y de previsión, aun impiden en Francia el profundo desgarramiento cultural de que ahora sufren otros pueblos europeos. El fenómeno de «americanización» de que se quejan los franceses muy apegado a su suelo, no va más allá de ciertos bares u hoteles cosmopolitas de París o de algunas páginas de prosa de M. Paul Morand. En todo caso, París es la menos americana de las metrópolis europeas; es, por ejemplo, infinitamente menos americana que Berlín. París es la síntesis de todas las ciudades imaginables, aquélla en que cada tipo de hombre encuentra que se ha hecho a su medida: hay el París del hombre de ciencia; el París del revolucionario que considera que con sus camaradas del sindicato y su asistencia constante al «Vel. d'hiver» está realizando la transformación del mundo; el París del enamorado de un cuadro o de una estatua que nunca falta a su cotidiano rendez-vous en el Louvre; el París de la damisela suramericana que tiene para cada tarde una nueva exhibición de modelos y maniqués; el París del gastrónomo o del mujeriego crónico; el París monárquico y el París de la «Casa de la Cultura» y hasta el París de cierto sector de la pequeña burguesía francesa que se mantiene tan rutinaria y pasada de moda, como cuando Flaubert escribió su «Bouvard y Pecuchet».

Es el destino de Francia que realice ella misma, periódicamente, la Revolución y la Contra-revolución. En esta última—como en la «Carta» de Luis XVIII—

siempre habrá de quedar, con otro nombre, lo más esencial de la doctrina revolucionaria.

A pesar de que la inteligencia francesa había planeado aquellos grandes sistemas en los que desde el Escolasticismo Medioeval hasta el Racionalismo moderno vinieron a edificarse algunas de las formas más características de nuestra Civilización, Francia nunca se perdió en las vagas comarcas del sueño o de lo abstracto. Junto a sus pensadores trágicos que confundieron la vida con el pensamiento—un Pedro Abelardo, un Rousseau—Francia siempre dispuso y con más frecuencia, de toda una familia de espíritus que aceptaron la vida y que sólo quisieron hacerla más bella y tolerante al armonizarla con la inteligencia: un Montaigne, un Voltaire. Así en este equilibrio entre lo que Pascal llamaba espíritu geométrico y espíritu de fineza, entre intelectualismo y comprensión de lo humano, se realiza cabalmente su genio nacional.

Un psico-analista de nuestros días diría por ello que entre las naciones europeas, Francia es una de las que están mentalmente más sanas. Para el francés siempre existieron los sentidos y no quiso acallarlos y destruirlos bajo la hipocresía social y religiosa como el puritano inglés; ni se entregó tampoco a obscura orgía de la sangre, al dionisismo irracional, como en ciertos momentos de la historia alemana. Los franceses que como Calvino no aceptaron este equilibrio vital, fueron expulsados y repelidos por Francia. El seco mundo desvitalizado de la represión calvinista va a dar sus frutos

de amarga intolerancia bajo la negra bruma y entre las atormentadas almas sombrías de los países nórdicos. Francia estaba muy cerca del Sol y del Mediterráneo para poder aceptarlo. Vienen de este calvinismo anti-humano que adoptaron los anglo-sajones algunos de los males más profundos de nuestra Civilización: la mecanización de la vida, la gran hipocresía social, el fari-seísmo imperialista. El puritano inglés conquistaba pueblos pensando que los hacía más perfectos. Si el puritano se hizo rico e impuso su absurda moral del mulo estéril, llegó a pensar que había recibido el premio de Dios.

«Sagesse» y prudencia razonadora son, pues, en Francia las mejores defensas contra el puro progreso veloz y los turbios ídolos de la Pasión que ha levantado nuestra época. El francés no se entregó como el yanqui a un ideal de prosperidad, de riesgo económico y adquisición de cosas superfluas de que deberían despertarle los «crack» de la Bolsa y las usinas paralizadas. Por eso los «cesantes» de Francia han sido menos—en proporción—que los de cualquier otro país supercapitalista; por eso Francia no caerá, tampoco, en los brazos de un Führer. El político francés sigue siendo un humanista amable como Herriôt o un intelectual que piensa en la Justicia universal, pero que no olvida el tacto cotidiano, como Blum. Para no tener mañana un despertar trágico, todo francés «guarda provisiones para el invierno», como en la fábula de M. Lafontaine. O bien es esa solidaridad francesa de la familia—que

subleva a André Gide—pero en la que se realiza con sentido colectivo la prudencia vital de este pueblo. Es la dote de la hija o la carrera universitaria del hijo, o ese mundo menudo de la previsión heroica en que se mueve aquella familia de los Pasquier novelada por Georges Duhamel. Si sobró dinero o cayó sobre el presupuesto familiar un fondo extraordinario, éste puede gastarse en algo tan importante—para una raza intelectual—como un «viaje instructivo». En la vida de cada familia francesa hay, como suceso maravilloso, para darle sustancia emocional a toda una generación, la historia de un viaje. El viaje debe ser «instructivo», ya que el francés no se permite el lujo británico del «spleen», ni viaja para «aparentar» o «fantasear» como suele hacerlo el snob suramericano. El francés viaja para escribir o conversar después; para agregar un capítulo a la leyenda familiar, para ser un protagonista de la «petite histoire».

Complemento del viaje instructivo y expresión muy íntima del alma francesa, es el «souvenir», el recuerdo. El francés adquiere el objeto peculiar—el cuero florentino o la sortija veneciana—no tanto por afán coleccionista, como lo hace el yanqui o el inglés, sino por goce interior e histórico. El inglés en trance de viajar suele comprar lo que le ofrecen, porque no sería británico discutir o porque acepta aquella obligada consecuencia del viaje. El francés, en cambio, suele elegir cuidadosamente. Combina en la elección su prudencia económica y su gusto de las formas. Su epicureísmo intelectual le permite gozar con el más pequeño objeto

colocado en el propio paisaje histórico. La institutriz y la solterona francesas han recogido y disecado una flor del Jardín de Bóboli en Florencia, o la amapolita humilde que crecía sobre la tierra y las ruinas milenarias del Monte Palatino en Roma. Había refrescado sus lecturas de Chateaubriand y estaba impregnada de la poesía de las ruinas o de la majestuosa melancolía de la campiña romana. Lo literario y lo intelectual son siempre el troquel de su juicio. La enseñanza francesa con su clara lógica y su frecuentación de lo clásico ha ordenado el alma para clasificar, gustar y definir. Porque es capaz del pequeño goce, el francés—como el griego antiguo—parece ante la prodigalidad yanqui o el desorden suramericano, un ser esencialmente económico. También el griego clásico resultaba sobrio y prudente ante la bizarra suntuosidad y exuberancia oriental. El pan, el vino y las bellas palabras del banquete platónico, le resultaban más apetecibles y voluptuosos que los pródigos festines del Oriente. La «volupté» francesa, como en la novela de Sainte-Beuve, se hace sobre todo de conciencia y de análisis.

Si a Francia le pide más densos y materiales placeres nuestro superexcitado mundo, Francia también accede a dárselos con la maestría técnica con que realiza todas las cosas. Pero esos cabarets con negras de la «Cote d'Ivoire» y con danzarinas tonkinesas son, poco conocidos por el francés mediano. Son los «plaisirs de París», una de las grandes industrias turísticas de la capital francesa. Francia en el fondo sonríe de aquellos

bárbaros que necesitan de una música de cobres y platillos trepidantes para poder estar juntos; que suponen que el champaña y el coñac hay que beberlos por ríos, y que sobre todo no conocen un solo verso de Racine. Los verdaderos «*plaisirs de France*» se hacen de otra cosa; son la inteligencia dirigiendo el instinto, analizando y fijando formas. Es gustar la poesía en un verso de *Andromaque*; el coñac en una copita de coñac, la arquitectura en el follaje de un capitel.

Distingue a Francia, también, una profunda sensibilidad moral que con sus mejores espíritus—un *Montaigne*, un *Pascal*—ha trabajado para descubrir y fijar el más alto destino del hombre. Junto a lo epicúreo actúa en el francés la decisión heroica, cuando como en el monólogo de *Corneille*, se trata de resolver un enigma del alma o cumplir con un destino superior al del individuo. La más reciente tragedia corneliana que ha visto Francia es la del ministro *Salengro*. En su combate contra el Gabinete de *Blum*, la Derecha francesa había lanzado todo el lodo y las más oscuras sospechas sobre el pobre y circunstancial *Salengro*. Su tragedia personal se convierte en tragedia política que no encuentra otra solución que la del suicidio. Y como las fuerzas opositoras intentan seguir su querrela en torno del cadáver, un hombre como *Herriot* debe enseñar en un discurso memorable, que el respeto a la muerte es superior a toda pasión política. El acto moral y el razo-

namiento moral acallaron la tormenta. Herriot no habló aquel día para los radicales o para el Frente Popular; habló para todos los franceses.

Para establecer la Justicia, la mente francesa que a diferencia de los anglosajones no puede esperar, ni confiarse al caso particular, construye las grandes síntesis ordenadoras; los «Universales» en el sentido de la Escolástica medioeval. Nacieron en Francia algunos de los «Universales» sociales de los dos últimos siglos, los que hemos identificado a la esencia misma de nuestra civilización: tolerancia, libertad, igualdad. Del caos de lo particular se quiso llegar—como en el análisis de Montaigne—a la «forma misma de la humana condición». Y el «Droit» francés quiere ofrecer la norma perenne por encima de toda circunstancia mudable. Mientras otros pueblos plantean el problema histórico como «progreso», es decir, como algo externo al hombre, como utilización y desarrollo indefinido de conquistas técnicas, los pensadores franceses llevaron el drama a la conciencia individual. En Alemania, frecuentemente, las ideas han servido para que triunfen las fuerzas; en la razonadora Francia son las fuerzas las que deben contribuir a la victoria de las ideas. Ya los enciclopedistas del siglo XVIII advertían que de nada vale la transformación material del mundo, si ella no metamorfosea y enriquece nuestra conciencia. Y a la «Ilustración» y a una nueva ciencia de las sociedades—que debería fundarse—o al retorno poético a la vida

primitiva—como en el sueño de Rousseau—confiaban esa misión esencial.

Este desenvolvimiento moral del hombre, vasta consigna de todo el pensamiento francés, ha encontrado en la época presente otra idea inmediata: la ordenación material de la sociedad. Fué precisamente un francés empleado en un comercio de granos y hasta ese día de 1799, completamente oscuro y desconocido para la historia, quien encargado de destruir un cargamento de arroz para mantener los precios en alza, se propuso descubrir «una nueva organización, capaz de poner fin al imperativo económico del provecho». Pero como utopía francesa, el falansterio ideado por Fourier, confiaba un poco a la aptitud y el humor individual el designio grandioso de trabajar para todos. Eran aquellos días, de idealismo en la filosofía europea. Para el mayor pensador de esos primeros años del siglo XIX, la única realidad es la del espíritu. En la gran construcción metafísica de Hegel todo cabe, menos la realidad viviente. Y justamente para fijarla y descubrirla surge Marx y su reacción materialista. Marx toma la posición contraria, que en estricta filosofía significa también el error contrario: el espíritu pasa a depender de la naturaleza; se conoce ahora el «objeto», pero se desconoce el «sujeto». En el mundo de Marx casi no existen ya la voluntad y la conciencia subjetiva. Con el lenguaje de Marx inicia la nueva clase forjada por el industrialismo, el desesperado proletario moderno, su penoso combate ascensional.

La urgencia de una síntesis de las dos filosofías inconciliables, de un nuevo Realismo que armonice el mundo de los hechos con el mundo de los valores, que no destruya la vida interior del hombre en provecho de su vida material, parece advertirse en la Francia de los presentes días. Ya antes de que la Gran Guerra precipitara revolucionariamente todos esos elementos de incoherencia y destrucción que había en nuestras sociedades mecanizadas, un pensador orgullosamente solitario como Georges Sorel pensaba que la nueva aspiración socialista debía ir mucho más allá que a un cambio económico; debía ser una renovación profunda del hombre. «Sorel—dice muy bien Croce—asimilaba el Socialismo por él imaginado al primitivo Cristianismo, y le asignaba como fin una renovación de la sociedad en sus más entrañables raíces morales, por lo cual le inculcaba el cultivar, como los primitivos cristianos, el sentimiento de escisión de la sociedad circundante, esquivar toda relación con los hombres políticos, encerrarse en los sindicatos obreros y nutrirse del «mito» de la huelga general. Era la construcción de un poeta sediento de austeridad moral, de sinceridad, pesimista ante la realidad presente, y tenaz en la busca de una fuente de la que surgiera una fresca vena purísima». El sindicalista ideal soñado por Sorel es como un grave héroe corneliano trasladado al mundo sombrío del industrialismo moderno.

Así al buscar una solución para el conflicto económico de la sociedad presente, el pensamiento fran-

cés—siguiendo su tradición—trata de incorporarla al problema integral del hombre. Porque el trabajo casi milenario de la cultura francesa ha buscado armonizar la vida con la razón, acaso Francia pueda otra vez descubrir estos caminos que sentimos obturados, entre el Espíritu y la Naturaleza. Al formular su socialismo decía muy ejemplarmente, un joven escritor francés: «Porque la civilización capitalista era impotente a darles la fuerza de resolver o de aceptar como insolubles los problemas esenciales de su destino material o espiritual, muchos hombres han pedido al Socialismo que les asegure el derecho de pensar y de vivir de una manera menos irrisoria». Y quería que el genio de su país diera al mundo aquello que más necesitamos: «un pensamiento capaz al mismo tiempo de someter las instituciones sociales a lo mejor de la experiencia y la razón humana, y de encarnarse en lo real sin decaer y sin esclavizarse».

Compendia bien el genio de Francia en su triple esfuerzo por el razonamiento claro, la forma estética y la dignidad moral, aquella página de grave música que Nietzsche le dedicó en «El viajero y su sombra». «Los franceses—decía Nietzsche—han continuado de la manera más digna la obra del Renacimiento. Pasaron con un éxito maravilloso, de la imitación de las formas antiguas a la imitación de los caracteres antiguos, lo que les confiere para siempre un derecho a las distinciones más altas, pues son el pueblo que ha ofrecido a la Humanidad nueva los mejores libros y los hombres mejores».